

El cuerpo no miente

MIGUEL ÁNGEL ORTIZ ALBERO: *La danza de la muerte. Bailar lo macabro en la escena, la literatura y el arte contemporáneos*. Madrid: Fórcola, 2015, 240 pp.

Traten sobre lo que traten y pertenezcan al subgénero que pertenezcan, todos los libros de prosa que escriben los poetas arrojan luz sobre su propia obra poética, aunque no se lo propongan e incluso en los casos en que esos libros, con mayor o menor éxito, pretendan despistar al respecto (algo habitual en los títulos testimoniales, de diarios, recuerdos o semblanzas), y también, por supuesto, en los textos que los autores escriben específicamente para explicar sus creaciones, a pesar de que no hay nadie menos adecuado para explicar unos versos o una trayectoria que el propio interesado.

La de Miguel Ángel Ortiz Albero (Zaragoza, 1968) ha sido siempre una poesía muy personal (¡que no autobiográfica!), oscura, difícil, a menudo hermética, en la que sin embargo siempre ha palpitado algo vital, algo inquieto, y en la que no han dejado de activarse artificios, trampillas y bastidores que delataban la preocupación del autor por crear en sus poemarios un espacio muy particular: el poema concebido como un lugar en el que sucede o podría llegar a suceder algo, aunque lo que con más frecuencia ha atraído e interesado al poeta zaragozano ha sido el silencio, el vacío, la ausencia, la nada donde hubo algo o alguien, lo que estuvo y se esfumó. Para intuir su mundo basta con leer los rótulos de algunos de sus libros, como *Sbattimento, notación para un «libro de las sombras»* (2006), *Algunas palabras para las desapariciones* (2008) o *Nombrar el lugar, decir silencio* (2009), aparte de saber que este último incluía acotaciones nítidamente teatrales o que su último libro de versos, *Troupe* (2010), estaba monográficamente dedicado al estimulante y tragicómico ámbito del circo. Es decir, siempre algo un poco carnavalesco en sus cosas, como si para expresar lo que quiere comunicar necesitase un escenario, un patio de butacas y la intermediación de unos actores, de unas máscaras, de unos subtextos y discursos parásitos y alternativos que no supondrían un

rodeo si no el centro mismo de su mensaje. Y lo fundamental es que este escurridizo núcleo, a su vez, estaría poniendo en escena su propia función o desarrollando una parábola paralela, y lo haría tal vez con autonomía, liberado de la voluntad o del control de su creador, quien se vería convertido así en espectador de su propia obra, sorprendido, interpelado y acaso increpado por sus propias criaturas, aturdido por sus palabras, sus murmullos, su mudez o su decisión de permanecer calladas.

De este modo, no es extraño que, después de publicar dos novelas muy notables (*La berida es el comienzo* –2010– y la apollinairiana *Un día me esperaba a mí mismo* –2011–), nos ofrezca un ensayo sobre el tópico clásico de la danza de la muerte, que no ha sido únicamente literario. Pocos temas parecen más propios de él, más consecuentes con su poética, pues en esos bailes tétricos se mezclan, superponen y confunden no sólo lo vivo y lo muerto sino, en consecuencia, el movimiento y la parálisis, la fiesta y el duelo, lo jovial y lo putrefacto, el estruendo y el silencio definitivo, lo lúgubre y la risotada (y esta última, preñada de sentidos, es una palabra-fetichismo en este sugerente libro).

El subtítulo no es muy exacto, porque el estudio no se ciñe estrictamente a lo contemporáneo, sino que se remonta, aunque sea fugazmente, hasta la mitología y la Antigüedad, y después se hacen rápidas visitas a la Edad Media (en la que se articuló y desarrolló principalmente el lugar común de la danza de la muerte) o a la modernidad (como en el impactante cuento de Edgar Allan Poe «La máscara de la muerte roja», tan pertinente al tratar de estos asuntos). Pero es verdad que es la época contemporánea la que llena con diferencia mayor número de páginas, y sobre esas décadas (especialmente en los años de las vanguardias, aunque en lo que respecta a la danza Ortiz Albero se aventura hasta tiempos más recientes) el autor demuestra discretamente una erudición sorprendente, cuyos datos y conclusiones se van ofreciendo sin ostentación y con verdadero talento narrativo, pues algún hilo que podríamos llamar «argumental» se intuye también en este libro misceláneo, híbrido, genéricamente fronterizo.

Lo más claramente literario de esta esmerada obra está en los diez «intermedios» en los que la propia Muerte toma la palabra para dirigir monólogos a artistas cuyos trabajos acaban de ser comentados en

breves capítulos precedentes, y esos paréntesis, especialmente líricos, contribuyen mucho a dotar a *La danza de la muerte* de una estructura que, en este caso, muy oportunamente, tiene también un aire de coreografía, sobre todo si imaginamos cómo esos artistas van siendo convocados, amonestados o atraídos fatalmente por la personificación de esa «mudanza interminable y desconocida» (p. 112). Al fin y al cabo, como se recuerda aquí de la mano del decepcionante *Diario de invierno* de Paul Auster, «escribir es una forma menor de la danza» (p. 89).

A poco que esté bien escrito (y éste está muy bien escrito), cualquier libro redactado con pasión sobre un tema que entusiasme a su autor consigue contagiar esos sentimientos y, al menos durante el tiempo que dura la lectura, uno necesita saberlo todo al respecto, extraer todo el jugo, conocer todas las teorías e interpretaciones. Lo cierto es que *La danza de la muerte* tiene dos temas principales, que coinciden con los sustantivos del título, y sobre ellos se reflexiona y a ellos se les da decenas de vueltas, como en un baile desesperado: «Acaso bailemos para distraer la muerte, sí, para alejarla de nosotros; acaso para amenizar la espera y para consolarnos; acaso para bailar con ella y bailando con ella no sentirnos tan solos. Bailando por no morir, acabaremos danzando hasta la muerte, acabamos danzando con la Muerte» (p. 60).

Lo que se nos enseña en él a los profanos sobre el tema del baile logra despertar el interés, al ver cómo se va desgranando toda una filosofía de la danza que en determinados pasajes adquiere una belleza y una hondura sublimes: «La danza cuenta el mundo. Y al hacerlo, narra el camino. No sólo lo interpreta, lo representa o lo refleja, sino que lo hace realidad. La danza no narra, sin embargo, el mundo en línea recta. El gesto, el propio acto y cada uno de sus movimientos son la narración. [...] El mundo se rehace cada vez que se danza. Y también se rehace el camino, y el recorrido. Y la muerte, a la que nunca se llega en línea recta» (pp. 83-84).

Con todo, otro de los párrafos más estimulantes abre un camino nuevo al citar a Edwin Denby, «para quien la apreciación de la danza debía basarse en la capacidad para mirar a la gente común cuando anda por la calle y ver si ocurre algo o no ocurre nada. Y lo

cierto es que siempre, siempre ocurre algo» (p. 135). Todos nuestros movimientos, pues, son significativos. Más cuanto más conscientes sean esos gestos, naturalmente, pero también los indeliberados dicen cosas, y entre ellas la más importante y elemental es que todavía, en efecto, nos movemos, y por tanto aún estamos por aquí; que la Muerte puede habernos mirado ya y acaso nos tenga en cuenta, pero que no nos ha tocado. «La muerte no puede ensayarse» (p. 47), y este ensayo explica bien la pulsión acrónica y universal por esperarla bailando.

En la página 61 el autor formula la estupenda paradoja de que «Es necesario dejar de ser claro para volverse ligero». Ninguno de sus libros anteriores es más claro que éste, que dentro de su complejidad, y con su punto de desorden y confusión (sin duda deliberado, dado el tema), es toda una lección de análisis, libertad y hondura. No sé si es ligero, pero desde luego se deja leer bien, fluidamente, con placer, y las ilustraciones del final culminan un repaso interdisciplinar al tópico de la muerte que supera lo histórico y profesoral para hacerse cavilación de primera mano y, en sí misma, convertirse en una nueva obra de arte que, como reconoce la contracubierta, quiere ser también una nueva danza de la muerte: no sólo un balance sino una puesta al día, no sólo respuestas sino nuevas preguntas, no sólo un panorama sino un desafío. «Nuestro cuerpo es una caja de resonancias entretejida de nervios y músculos, y hay, a cada momento, un canto interior, sea el que sea, que resuena en esa caja y que mueve al cuerpo en su camino hacia el ritmo como pulsión de vida» (p. 124). En ese sentido, este libro es también un cuerpo orgánico, y si, como sentencia inolvidablemente la Muerte, «uno se vuelve su obra» (p. 73), en él late y encontramos la pulsión de un Ortiz Albergo más vivo, perspicaz, profundo y claro que nunca.—*JUAN MARQUÉS*